

## ¡TAMBIÉN ERAN PERSONAS!

(EPISODIO DEL AÑO 1809.)

I

No sé si con el mismo resultado, pero con la propia insistencia, parecía querer repetir el implacable Jehová con el misero pueblo, la prueba aquella de que, en días remotos, hizo blanco al pacientísimo Job.

Tan sin interrupción se sucedían las calamidades, que ya llegaba el caso de que los mermados vecinos de Fuencenceña, diesen por buena la desdicha de hoy, pensando en que tal vez podría ser mayor la de mañana.

Sin brazos las labores del campo, por haber salido del pueblo toda la gente útil, una parte a la fuerza, por mor de las levas decretadas por la Junta Central; otra, y no la menor, voluntariamente para incorporarse a las partidas, que en toda la provincia hostilizaban al francés; consumidos hasta los últimos recursos, por el trasiego de tropas que acudían a racionarse tan despótica é inconsideradamente cuando lo hacían a nombre del intruso José, como cuando lo realizaban invocando la legítima majestad de Fernando VII; era tal la miseria y aprieto de los desdichados serranos, que parecía increíble que se pudiera bajar ya peldaño alguno en la escala de los infortunios ó en la resbaladiza escalera de las penalidades.

Y sin embargo, después de haber sufrido el más espantoso esquilmo, de «nuestros queridos aliados» los ingleses, abandonado el pueblo, había sufrido el peor de los males en aquellos días; esto es, el francés había quedado dueño absoluto de él, mientras la naturaleza, pareciendo colaborar en la obra de destrucción, mandaba sobre Fuencenceña el invierno más rudo que los nacidos conocieron.

II

En honor de la verdad, fuerza es que se confiese, que no era tan bravo el león como las gentes le pintaban.

Quiero decir, que los «perros gabachos», distaban mucho de ser aquellos ogros insaciables de que todos hablaban; fuera por irse ganando poco a poco las voluntades, fuera porque su natural les inclinara á ello, lejos de ensañarse dándose á conocer como tiránicos y desconsiderados opresores, hasta trataban de socorrer, en lo que sus fuerzas lo permitían, las miserias con que á cada paso topaban.

Pero, que si quieres, Catalina. El patriótico odio de los españoles no se amansaba y si es verdad que el hambre hacía aceptar á veces el bocado de pan, que los soldados franceses se quitaban de la boca, los más afeaban aquella conducta con los más duros calificativos, y sólo se regocijaban, cuando sabían que alguna partida había zurrado las liendres á un destacamento enemigo.

Es más, como les fuera dado ocasionar molestia alguna á sus huéspedes, no perdían medio de mostrar á las claras un aborrecimiento que hacía á veces pasar las de Caín, no ya á los simples soldados, sino hasta á los jefes y oficiales del batallón de línea que guarnecía á Fuencenceña.

III

La que mayores alardes hacía de aquella implacable malquerencia, era la tía Pugitos, pobre mujer á quien aquella maldecida guerra había trocado, de mansa como una oveja que hasta allí fuera, en más áspera y desabrida que cardo borriquero.

Verdad es que había razón para ello. Sumida en la miseria por la tala de sus predios, sola por la pérdida de su marido, muerto de un balazo en los primeros encuentros de la guerrilla en que había tomado puesto, la que había sido envidiada de todos en diez leguas á la redonda, sin casa ni hogar, se veía ahora reducida á la triste condición de ir de puerta en puerta mendigando un pedazo de pan, más que para ella, para el chichuelo de cinco años que llevaba siempre pegado á la saya, y que era el único bien de que no la había privado su implacable destino.

Eso sí. Ella sí que podía alabarse de no deber nada al francés. Como que la única vez que había

puesto la mano encima de su hijo, fué un día en que el chiquillo, que hacía muchas horas que no probaba bocado, había tendido la mano, para tomar un pedazo de pan de munición que le ofrecía un sargento de granaderos, que probablemente pensaría en aquel momento en otro rapazuelo de aquella edad, que el Emperador le había hecho dejar sabe Dios por cuanto tiempo, en una aldehuela de Francia.

¡Poco que gozó la tía Pugitos en otra ocasión, en que después de un encuentro que en las cercanías habían tenido los franceses con los nuestros, empezaron á entrar en el pueblo heridos y más heridos, que no entraban ni agua que templara la sed devoradora de la fiebre!

Tanta saña mostró entonces, que hasta los mismos vecinos la reprochaban unos sentimientos que nada de humanos tenían.

Pero lo que ella decía, cuando escondía debajo de tierra hasta el último harapo de que pudiera hacerse una hila, con que templar los dolores de los pacientes:

—¡Que revienten! ¡Los franceses no son personas!

IV

Todavía peores que el invierno, fueron los primeros asomos de la primavera.

El deshielo de las nieves acumuladas en las cumbres vecinas, hizo crecer de tal modo el menguado arroyo que baja hasta la llanada en que Fuencenceña está colocada, que una noche, cuando más descuidados estaban los pobres serranos, las aguas, subiendo con la furia asoladora de una tormenta, comenzaron á barrer las débiles casuchas que les servían de albergue, pudiendo darse por contentos los que, ya que no su misero ajuar, pudieron salvar no sin trabajo sus vidas.

Y la que entre tantas miserias partía el alma más que todo, era la desesperación de la desgraciada tía Pugitos.

Dormido había dejado á su hijuelo en un caramanchón de una de las barracas más cercanas al arroyo, para ir á buscar unos mendrugos con que acallar su hambre, cuando al llegar vió obstruida la entrada por las aguas.

Estas subían y subían, no había medio de contrarrestar su furia, y de un momento á otro, desplomado el frágil edificio, iba á sepultar entre sus escombros aquel pedazo de sus entrañas, aquel sér, única cosa que la ligaba á la vida.

Y tan inútil era que ella misma quisiera salvar aquella líquida barrera, como que apelara á la caridad de los otros. Los más fuertes comprendían que intentar salvar al niño, era correr á una muerte segura.

Sus lamentos partían el alma; pero nadie osaba hacer cosa que no fuese impedirle que se lanzara á un peligro tan esteril como horroroso.

De pronto, sin embargo, un mocetón robusto como un trinquete y ágil como un corzo, se despojó del pesado capote que le envolvía, y se precipitó denodado en busca de la puerta de la barraca, que las espumas de la corriente ocultaban por completo.

Al verle desaparecer, un grito de horror salió de todas las gargantas. No hubo una sola persona que no le creyera perdido.

No obstante, á los pocos segundos, una de las ventanas se abrió con estrépito y el desconocido salvador se lanzó á la corriente con un envoltorio en los brazos.

¡Ya era tiempo! En aquel momento la casucha, falta de cimiento, se vino al suelo hundiéndose en las aguas, como un castillo de naipes.

V

Sólo cuando la tía Pugitos apretó contra su seno á su hijo, pudieron todos reconocer al desconocido salvador, que no era otro que aquel sargento que en una ocasión quiso compartir su pan con aquel chichuelo, que ahora le debía la vida.

La pobre madre, por toda muestra de agradecimiento, sólo pronunció estas palabras, que parecían querer llegar al fondo de todos los corazones:

—¡Son personas! ¡Son personas!

ANGEL R. CHAVES



## JOSEFINA HUGUET

La hermosa diva cuyo retrato embellece esta página, tenía sólo quince años cuando debutó en nuestro Gran Teatro del Liceo, con el papel de Micaela, en la ópera *Carmen*; conquistando desde luego todo el favor y aplauso del público, por su hermosa voz, excelente escuela y agraciada figura.

Nueve años han pasado desde entonces, y su vida artística, en este intervalo, ha sido, tal como sus admiradores habían profetizado, una serie no interrumpida, creciente, de triunfos.

En la actualidad cuenta, pues, veinticuatro años, y se halla en la plenitud de sus facultades y en el apogeo de su belleza.

Consecuentes en nuestro sistema de no prodigar, por cuenta propia, elogios que podrían tacharse de apasionados, á los artistas de la tierra, nos concretaremos á reproducir en estas líneas, los juicios que, referentes á nuestra insigne compatriota, han emitido autorizados críticos de periódicos extranjeros. Ellos son los que hablan.

En todo tiempo ha habido excelentes cantantes; pero es raro ver reunidas en una sola todas las cualidades necesarias para constituir una verdadera estrella del arte. Una de esas privilegiadas criaturas dió España al mundo musical, en la persona de Josefina Huguet. Voz de oro, ejecución perfecta, pureza de estilo, potencia dramática, espléndida belleza; todas estas prendas posee en armonioso conjunto la artista española; merced á las cuales, figura entre las celebridades internacionales que en más alto grado despiertan el entusiasmo de los filarmónicos.

Con ser tan joven, ha pisado los mejores escenarios de ambos continentes. Todo el mundo sabe que el ruseñor español — dice el crítico de quien tomamos la frase, — ha hecho en varias temporadas las delicias de Rusia. En Milán

creó la ópera *Lakmé*, con un éxito colosal. En Roma, Turín, Barcelona, Valencia, Madrid, Cádiz, Málaga, Granada, Sevilla, Zaragoza, Bilbao, Santander y Oporto, públicos tan distinguidos como inteligentes, han prodigado entusiastas ovaciones, lo propio que en Varsovia y Odessa, donde el entusiasmo rayó en delirio.

Josefina Huguet fué una de las primeras estrellas que brillaron en las tres Américas: Buenos Aires, Chile y Caracas la colmaron de flores y joyas; en Nueva York, Boston y Filadelfia, consiguió que los auditorios, abjurando en determinados momentos de su comercial frialdad, se extasiaran ante la grandeza del divino arte.

Su repertorio es vastísimo y escogido, mereciendo especial mención entre las obras en que sobresale: *Dinorah*, *Julieta y Romeo*, *Faust*, *Carmen*, *Manon*, *Bohème*, *Traviata*, *Rigoletto*, *Sonámbula*, *Lucia*, *Don Giovanni*, *Fra Diavolo*, *Barbero de Sevilla*, *Hamlet*, *Linda de Chamounix*, *Falstaff*, *Lakmé* y *Mignon*.

Con respecto á esta última, bien conocida es la frase del célebre Ambrosio Thomas: «Las otras cantan *Mignon*; pero la Huguet es *Mignon*», que por sí sola basta para labrar la reputación de una artista.

Prueba irrecusable del aprecio en que la han tenido todos los públicos, son los regalos cosechados por la simpática y notable diva, en sus *seratas d'honneur*; tantos en cantidad y tales en calidad, que con ellos podría formarse un precioso museo.



Rindiendo justicia al mérito, único móvil que guía nuestra pluma, y como remate á estos pequeños apuntes, copiamos á continuación la bellísima poesía que los *Revisteros teatrales de Santander* dedicaron á Josefina Huguet, la noche de su beneficio en el teatro de aquella capital.

Vibración pura, argentina,  
que el espíritu levanta  
hacia la mansión divina;  
ritmo de un ave que trina;  
eco de un ángel que canta.

De la tristeza el acento;  
de la alegría el encanto;  
suspiro del sentimiento,  
cuando ahogan al pensamiento  
las oleadas del llanto.

Latido del corazón;  
beso de amor virginal;  
aleteo de ilusión;  
roce de ósculo ideal;  
plegaria de adoración.

Nota que, en poético vuelo,  
sorprende la santa calma  
que da bendito consuelo,  
y une las ansias del alma  
con las dulzuras del cielo.

Eso es tu voz, Josefina;  
eso es el rico tesoro  
de su emisión peregrina;  
juna música divina  
en un pentágono de orol

Por eso, grata memoria  
dejas en los que admiraron  
tu aparición transitoria,  
y con su aplauso aumentaron  
la grandeza de tu gloria.





Exposición Robira (Escudellers, 5, 7 y 9).

PAISAJE



DIONISIO BAIXERAS

RECORDANDO EL TIEMPO VIEJO

Exposición Robira (Escudellers, 5, 7 y 9).